

LA SOCIOLOGIA COLOMBIANA Y LOS PROGRAMAS DE GOBIERNO

Dr. Carlos Suárez Acevedo

Hablar de sociología en nuestro país no pasa de ser un atrevimiento, y solo podemos usar el término muy ampliamente, al modo como en los programas de sociología general se habla de planteamientos sociales antes de la fundación de la ciencia por Comte, allá por la mitad del siglo pasado; tal es el pensamiento social expuesto en obras ya famosas de la cultura occidental, pero que, en realidad, solo marginalmente tratan los aspectos sociales de los acontecimientos de su época, o de planteamientos puramente ideales de organización de la convivencia humana.

Estamos en los albores de la verdadera ciencia sociológica en nuestro medio y si aceptamos la tesis de los grandes tratadistas sobre la materia, según la cual ella nace en épocas de crisis, de grandes convulsiones sociales, de hundimiento de un mundo de valores y surgimiento de nuevos módulos de vida social, estamos ciertos que nos tocará a los actores del tiempo presente asistir a la fundación de la sociología colombiana, como una evaluación de todo lo pasado y una proyección hacia el futuro, pero con bases científicas y no como mera recreación de nuestra fantasía.

La frustración de la vida nacional, sexta ya de nuestro discurrir histórico, al decir del profesor López de Mesa, ha tenido la virtud,

pues todo no ha de ser de signo negativo en el presente que nos ha tocado vivir, de que volvamos nuestras miradas al mundo circundante para escrutar, dentro del enmarañado tejido de la problemática nacional, cuáles son nuestras raíces y con qué podemos contar para encarar el futuro que se presenta con signos no del todo positivos, pero que valientemente analizamos nos darán el bagaje indispensable a fin de empezar la trayectoria en la construcción de la nacionalidad.

Siglo y medio llevamos de estar modelando el alma nacional; siglo y medio de buscar cuáles son las estructuras más convenientes, de acuerdo con nuestra idiosincrasia, para fincar en ellas un porvenir estable y una cultura auténtica. Pero aún Colombia no ha encontrado la ruta; aún nuestro destino no está asegurado. Cuál la razón de ello; dónde la explicación de este fenómeno inquietante que no da sosiego al espíritu y desgasta las energías nacionales? A mi modo de ver la explicación está en el siguiente fenómeno: nuestro discurrir como nación independiente ha tenido que transitar dos rutas simultáneamente; de un lado el acoplamiento de las estructuras dentro de la nación; de otro, el encuadramiento de éstas dentro de las estructuras del mundo contemporáneo.

Este mismo fenómeno de nuestra patria es el mismo de los países iberoamericanos y de aquellos de otros continentes salidos hace poco del régimen colonial. Las otras naciones se formaron en un mundo que tenía un solo signo, y diría más, que a la vez que se formaban estaban modelando su ámbito circundante. Por ello sus estructuras ya están cristalizadas y llevan gran trecho de ventaja histórica a los países iberoamericanos. Estos, por el contrario, a la vez que gastan energías en la búsqueda del alma nacional, deben mirar que ella se incruste dentro de estructuras supranacionales, que a su vez crujen por el peso de los años y el desgaste consiguiente. Las estructuras caducan como los hombres y están expuestas al desgaste de los siglos.

No es un secreto que el signo del tiempo presente es el de la transformación acelerada en todos los órdenes de la vida; al paso que las ciencias naturales se desarrollan vertiginosamente, las ciencias del hombre, entre ellas la Sociología, van a un ritmo menor, lo que trae como consecuencia un desajuste entre el mundo exterior y el de la conciencia y, por tanto, un desasosiego del espíritu y un hallarse sin rutas y sin asidero en la historia. Todos los países y grupos humanos se encuentran ante esta esfinge del futuro, pero más los nuestros por su misma juventud y su inexperiencia para tejer la

trama de su destino. Dígallo, si no, el cúmulo de vitalidad gastada desde el momento de la independencia hasta ahora, en controversias que parécenos bizantinas e insensatas, y en realidad lo son, pero que son fruto de la adolescencia de nuestro cuerpo social y de la inmadurez de nuestra alma nacional.

Aunque el planteamiento de las seis grandes frustraciones de nuestro destino, tres de las cuales están situadas a partir de nuestra independencia y las otras con anterioridad a ella, sea una tesis que llama la atención por su novedad científica, se está tentado en preguntarse: en realidad han sido frustraciones o simples síntomas de un solo mal nacional del cual nunca hemos salido completamente? Porque frustración de un destino es un hiato, un abismo, una solución de continuidad en algo ya formado y consolidado, pero nunca la reverberación de un mundo convulso desde su nacimiento, como considero sea el panorama de nuestra historia.

Así, en nuestro medio iberoamericano, se pueden considerar como frustraciones las de las tres grandes culturas americanas precolumbinas, situadas en lo que Kroeber llamó América Nuclear, o sea, el ámbito cultural comprendido por las culturas azteca, maya e incaica. Estas culturas, que ya empiezan a ser consideradas seriamente en los esquemas de los historiadores modernos, habían creado un mundo de ideas alrededor del hombre y la organización social que iba en camino de pleno perfeccionamiento, a semejanza como habían llegado los países europeos por medio de un desenvolvimiento orgánico y propio. Tanto los procesos económicos, como la organización social y política, como la misma religión, estaban en un proceso de consolidación integral, consolidación que no llegó a madurar totalmente porque fue troncada por la superposición de otros módulos culturales, extraños a la índole del proceso que se estaba cumpliendo en estas latitudes. Vino lo que Eduard Spranger llama una siembra por estaca de una cultura sobre el terreno donde otra florecía. De allí, desde este fenómeno múltiple, como que abarca tanto el aspecto biológico, como económico y social, arranca toda la problemática de nuestros países, problemática que aún no se ha resuelto sino que, por el contrario, se ha complicado con los nuevos interrogantes que plantea el mundo moderno a la humanidad de nuestro tiempo. Y problemática que es el objeto propio de la sociología iberoamericana, como que corresponde a ella desentrañar el signo de todos esos fenómenos y encuadrarlos dentro de un esquema coherente y vital. Mientras ello no ocurra no podemos decir que hemos formado una cultura y mientras no formemos una cultura,

no puede existir el fenómeno de la frustración de un destino. Solamente el conjunto de estructuras que forman una cultura tienen colapsos históricos; los otros fenómenos aparentemente iguales no son más que signos recurrentes de adolescencia de los pueblos.

Mas, quiere decir lo anterior que no era oportunidad para que nuestros pueblos retomaran la responsabilidad de su futuro? Si y no; esta respuesta sintetiza toda la paradoja del mundo iberoamericano, pues si en realidad no se estaba maduro para tamaña empresa, tampoco la España de entonces estaba en condiciones de preservar bajo su dominio todo el ámbito de los pueblos americanos. En Europa, a principios del siglo XIX, todos los países estaban en un proceso acelerado de readaptación a nuevas circunstancias políticas y económicas que habían despuntado desde el Renacimiento; tanto el nacimiento de los Estados con sus nuevas bases doctrinales, como las nuevas prácticas económicas del mercantilismo y luego el capitalismo, como la misma Reforma protestante, cambiaron el mundo de valores de la cultura occidental, cambio del cual se resguardó España dejando que otros países tomaran la iniciativa. Primero fue Inglaterra quien le dio el golpe de gracia militar para desmontar el poderío español y luego Francia bajo Napoleón para rematar un proceso que venía de atrás. A todo ello España no se pudo sobreponer porque se había enquistado en un mundo que no tenía significado para entonces. El ocaso del imperio de Carlos V había llegado.

Tal es la razón socio-política que explica el éxito de la independencia americana, pues a ella se le debe mirar como partícipe de un todo en el cual España era uno de los personajes.

Pero América tampoco estaba preparada; la consolidación de su idiosincrasia no se había efectuado. El Libertador, en su famosa Carta de Jamaica de 6 de septiembre de 1815, que contiene una visión socio-política de los países iberoamericanos y que por ello debe considerársele como el precursor de la sociología americana, aunque en algunas predicciones no acertó a cabalidad, lo dijo claramente: "Yo considero el estado actual de la América como cuando, desplomado el Imperio Romano, cada desmembración formó un sistema político conforme a sus intereses y situación, o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones, con esta notable diferencia: que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos: mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y

los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los europeos, tenemos que disputar éstos a los del país, y qué mantenernos en él, contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso extraordinario y complicado... De cuanto he referido, será fácil colegir que la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona, y por la inicua guerra que la Regencia nos declaró sin derecho alguno para ello, no sólo por la falta de justicia, sino también de legitimidad".

El Libertador, con su visión sagaz del porvenir de nuestros pueblos, dio la clave para explicarnos muchos fenómenos posteriores, que aún hoy están situados en el primer plano de las inquietudes intelectuales de todos aquellos que buscan desentrañar la índole del alma americana. Cuales hay que tienen una visión optimista del ser y existir de América; cuales por el contrario, que se sienten atormentados por el crucial interrogante de: existe la América Latina? Como Colombia hace parte integrante de este conglomerado socio-político, no es desatinado, sino antes bien provechoso, preguntarnos por su existencia; no su existencia biológica y política, como conjunto de hombres que han tomado sobre sí la tarea de formar un Estado —pues desde este punto de vista es inobjetable su existencia— sino como nación con rasgos propios que a la vez irradian luz sobre el panorama de la cultura occidental.

Decía en párrafos anteriores que Colombia ha tenido que efectuar doble esfuerzo en la búsqueda de la conformación de su personalidad; el primero, encaminado a configurar su alma nacional, su propia idiosincrasia; el segundo, encaminado a encuadrar esa alma nacional en marcos supranacionales que, a su vez, pasan por un período de reajuste debido a la quiebra de valores que parecían inmovibles, pero que ya no responden a los interrogantes de las sociedades contemporáneas. Porque si no se llevan a cabo, simultáneamente, estas dos aventuras del espíritu, nos veremos al final aislados de la corriente de la historia, pues de todos modos hacemos parte de un conjunto de estructuras, en unión con otros pueblos, que también poseen su propia dinámica histórica.

Aunque a finales del siglo XVIII hubo un signo que agitó la superficie de las quietas aguas de la colonia, ellas no vinieron a despeñarse sino posteriormente con el grito de independencia y las luchas consiguientes que al fin dieron al traste con el dominio español, cuyas causas no son del caso analizar. El hecho fue que empe-

zamos a ser nación soberana a los comienzos del pasado siglo y que desde entonces a esta parte todos los gobernantes han tratado de acertar en el diagnóstico de nuestro destino. Si repasamos los programas de gobierno, existe en ellos la preocupación por la consolidación de la nación; por buscarle a ella el sistema de gobierno que más cuadre a sus características; por la estabilización de su economía y el fomento de las obras públicas y la educación.

Los hombres del comienzo de la independencia se dividieron alrededor del concepto que tenían de la autoridad y la libertad, y en estas luchas se hicieron acompañar del pueblo que no era consciente de lo que significaban tales conceptos. No obstante, ahí está la raíz de nuestros partidos políticos que posteriormente se fueron robusteciendo con otras concepciones sobre la organización del Estado, sobre las relaciones de éste con la Iglesia, sobre la idea que debe informar la educación y, desde el nacimiento de la "cuestión social", el tratamiento que a ella se le debe dar. Las administraciones del pasado siglo, cuya característica fue la inestabilidad, lucharon por la consolidación de tales ideas.

Para demostrar la inestabilidad de los regímenes políticos, con todas sus funestas consecuencias, bástenos decir que en el pasado siglo, desde 1810 a 1900, se sucedieron en la presidencia de la República, bien como elegidos directamente o indirectamente por el pueblo, o bien llegados por un golpe de estado, ochenta y cuatro personajes; promediando, cada uno de ellos gobernó un poco más de un año; pero se dio el caso de encargados del poder ejecutivo, bien como designados o Procurador General de la Nación, que sólo estuvieron al frente de sus cargos por espacio de días. En el siglo que corre los jefes del ejecutivo ascienden a veinticinco, lo que da razón de una mayor estabilidad y, por consiguiente, de una mejor aplicación de una política socio-económica.

Bolívar, en el documento antes citado, prevé para los países iberoamericanos, gobiernos paternalistas, con ejecutivo fuerte y centralismo político, a fin de evitar la anarquía y la disgregación. Frente a esta idea surgió la federalista o autonomista. Alrededor de estas dos concepciones del Estado se dividieron los personajes que habían luchado por la independencia y el caudillismo se enseñoreó de la política nacional. No obedecían estas luchas a una ideología firme, pues muchos personajes que habían sostenido una concepción, posteriormente sostenían la contraria. Puede decirse, entonces, que era susceptible de aplicarse un programa de gobierno? No. Aunque sí

alguna vez se hizo, fruto fue de la voluntad férrea del jefe de gobierno que no de un planeamiento consciente de una política.

No quiere decir lo anterior que se marchara enteramente a la deriva; lo que se quiere hacer resaltar es que no había, completamente consolidada, una ideología aplicable al caso colombiano; el alma nacional estaba en ebullición. Es un hecho que en el maremagnum de nuestras luchas del pasado siglo se pueden vislumbrar dos corrientes de pensamiento y de sentimiento, corrientes que han ido conformando la ideología de nuestros partidos políticos; pero la estabilidad de esas ideologías en el poder no era suficiente para imprimirle un derrotero fijo al país. En los discursos de posesión de nuestros mandatarios lo que primero llama la atención es precisamente la angustia que sienten por la realidad de este fenómeno, y sus aspiraciones casi únicas son porque se civilicen las luchas electorales y le den estabilidad al gobierno.

A fines del siglo se cambió de concepción organizativa del Estado y surgió la tesis de la centralización política y la descentralización administrativa, que con algunas modificaciones ha regido hasta el presente. Tal concepción, según se concluye de la historia de los años que han corrido del presente siglo, le ha traído estabilidad institucional al país y se ha podido, como consecuencia, aplicar programas de gobierno con mayor integridad.

Un fenómeno propio de los últimos cuarenta años es el nacimiento de la industria; este fenómeno ha traído los correlativos, que también se presentaron en los países europeos a fines del siglo VII y principios del XVIII: concentración de la población en los centros urbanos, nacimiento de una conciencia gremial, necesidad de una legislación que integre los diferentes sectores económicos, ampliación del consumo y previsión correspondiente sobre tales bienes, necesidad de crear bienes de capital, e innumerables más que han sacado los programas de gobierno de sus planteamientos tradicionales hacia planteamientos de tendencia económica y social, casi exclusivamente. Vienen desde esta época los planteamientos sobre reforma de tenencia de la tierra, prestaciones sociales, protección a la industria nacional, relaciones con los mercados exteriores e integración de la economía nacional dentro de una supranacional.

Dentro de este orden de ideas vemos como, de una desorganización en los programas de gobierno, se ha llegado a una planeación de la actividad nacional, todo lo imperfecta que parezca, pero que al fin y al cabo denota la preocupación de los dirigentes por aprehen-

der la realidad nacional y encauzarla por derroteros de un desarrollo armónico.

En este replanteamiento de la vida nacional, en todos sus aspectos, la Sociología está llamada a jugar un papel de primer orden. Por eso senté la base, al comienzo de este escrito, de que corresponde a las generaciones presentes asistir como creadoras o expectadoras al nacimiento de esta disciplina científica, que tiene no solo en Colombia sino en todos los países iberoamericanos, un amplio campo de aplicación, por tener todos un mismo quehacer histórico.

Cuáles serán los temas propiamente sociológicos para explorar en la realidad colombiana? Prescindiendo de temas abstractos, tendríamos objetos de estudio en la organización de las comunidades rurales y urbanas, sus fuerzas que la integran, la asimilación de ellas dentro del objetivo nacional, sus divisiones clasistas, la repercusión de la tenencia de la tierra en los niveles de vida, la integración del obrero y el empleado en la unidad empresarial, las clases sociales y sus características, distancias sociales, el acercamiento o alejamiento de los cuadros dirigentes de la realidad del país. Habría, por tanto, que estudiar sectores sociales a profundidad para después integrar todas esas visiones parciales en una visión general del país.

Aquí es oportuno, para rematar estas ideas sobre la Sociología en nuestro medio, traer a cuento el pensamiento de José Vasconcelos al referirse a la realidad iberoamericana: con un escenario cambiante y pleno de posibilidades, que exige de la juventud el ímpetu para que sea modelado a su imagen y semejanza, es insensato que ella se sustraiga de su ámbito propio hacia otras latitudes que no les puede ofrecer las mismas oportunidades en donde puedan ejercitar sus fuerzas intelectuales.

La Asociación de Antiguos Alumnos de la Universidad de Antioquia quiere vincular a los ex-alumnos de la Dirección del Alma Mater

Afíliese cuanto antes - Tel. 229-15
